

UNA FALLA EN LA CONSTITUCION IMAGINARIA

“...Necesitamos en tanto que vivos, tener una cierta representación del mundo para sobrevivir. Pero esto no nos da ninguna certidumbre que el mundo como tal existe...”

Cada sujeto construye una representación posible de sí mismo y del mundo que lo rodea. La imagen es la cara visible de esta representación. Imagen expuesta a la mirada de los otros, imagen con la que cada uno se confronta diariamente en el espejo, para encontrar en el reconocimiento un tranquilizador: “Este soy yo”.

Esta imagen del cuerpo, por su estructuración, es siempre inestable, presa del acecho de los vaivenes inquietantes de la época, y de los no menos inquietantes vaivenes de las contingencias subjetivas.

Dentro de la serie de afecciones o presentaciones clínicas en donde el cuerpo aparece atravesado por una modalidad de sufrimiento particular, donde la pulsión encuentra su satisfacción más allá del principio del placer, sorprenden a nuestra práctica los fenómenos de autoescoriación y tricotilomanía.

El cuerpo lacerado se da a ver y es el sujeto mismo quien muchas veces lo expone, lo exhibe a la mirada.

El rasgo peculiar de estos fenómenos es que el sujeto es agente activo de la mutilación o el arrancamiento. Es él quien se inflige estos daños, superando en ocasiones la barrera del dolor.

A veces aparece absolutamente extrañado de su acto, buscando justificaciones más o menos delirantes a las marcas que pueblan siempre la misma zona de su cuerpo.

Otras, justifica su acción a partir de irregularidades (eczemas, pelitos, manchas) que por dibujar distorsiones en su imagen, se hace “necesario arrancar”.

La implicación de la piel en estos fenómenos revelaría un tropiezo peculiar en la constitución narcisista, en la asunción de la propia imagen y en la formación del yo. Entendiendo el narcisismo como una forma de investimento pulsional necesario para la vida subjetiva, un dato estructural del sujeto.

Si bien la constitución del yo y de la imagen es siempre inestable, sujeta a tropiezos, situar la singularidad del tropiezo nos permite entender mejor la implicación de la piel en estos casos.

Este “hacerse en la piel” podría pensarse con un carácter constitutivo: construir una imagen agujereando la piel.

Si lo simbólico ordena lo imaginario y lo imaginario es un modo de dar representación a lo real, una falla en la constitución imaginaria supone una falla en el anudamiento de los tres registros que componen la topología lacaniana. El anudamiento de los tres registros es siempre sintomal, implica necesariamente un lugar para el síntoma en la estructura. Nos encontramos aquí con una forma peculiar

de estructuración subjetiva que deja una parte del cuerpo por fuera del significante, del discurso, a expensas de un goce específico.

Nos preguntamos: ¿cuál es la distorsión en la función del Otro materno?, en la posibilidad de vasijar al niño, devolviéndole una imagen unificada, que situé el objeto y el goce por fuera del cuerpo propio.

¿Podemos pensar el arrancamiento o la mutilación como brutales intentos de perder el objeto?.

El Estadio del Espejo es una construcción que pone de manifiesto el comportamiento del niño frente a su imagen, a partir de los 6 meses de edad. Este comportamiento está caracterizado por la “asunción triunfante de la imagen” acompañada de “una mímica jubilosa” y la “complacencia lúdica” que señala el control de la identificación especular.

Dado que el sujeto se identifica en el otro, a partir de la imagen del otro, esto determina un efecto de alienación fundamental.

El Yo se constituye a partir de la “nueva acción psíquica” que consiste en la identificación a la imagen unificada que aporta el semejante. Esto es posible por el estado de desamparo del lactante, la “prematuration del nacimiento”. El sujeto no puede controlar ni dominar un cuerpo que se le presenta como fragmentado, lo cual queda oculto por la identificación con la imagen engañosa del semejante.

El Estadio del Espejo señala que la sola visión de la forma total del cuerpo humano brinda al sujeto un dominio imaginario de su cuerpo, prematuro respecto al dominio real.

En esta aventura imaginaria el hombre se ve, se refleja y se concibe como otro, diferente de lo que él es. El Otro como representante del orden simbólico, tesoro de los significantes, es quien hace posible esta “nueva acción psíquica”. El Otro materno que con su mirada y su palabra permite al infans vivirse como yo.

El Yo se precipita en el Estadio del Espejo debido a la apropiación de una imagen que le es aportada al niño desde el Otro. El orden simbólico, dice Lacan, ordena lo imaginario.

Hace falta otro que devuelva una mirada unificada, otro que en el ida y vuelta de la necesidad le asigne a ésta lugar de demanda, convirtiendo un grito en llamada. Otro que en la presencia-ausencia y en la imposibilidad de colmar al sujeto instale la dimensión del objeto como perdido, abriendo paso al deseo. Las autoescoriaciones y tricotilomanías nos muestran una falla en algún punto de la asunción de la imagen unificada. El sujeto queda enfrentado a una imagen distorsionada, fragmentada. La mirada recorre el cuerpo en busca de esa marca (granito, eczema, a veces inexistente) que de pie a la repetida mutilación, en busca de “mejorar la imagen” o “sacar lo que sobra”.

El Otro, aún estando, no devuelve mirada, como un espejo que no refleja nada.

Nos encontramos con una patología de la imagen, un tratamiento real de la piel, donde la pulsión se satisface en el intento de encuentro con un objeto que no tiene el estatuto de perdido.

El E. del Espejo inaugura una dialéctica en la relación con el otro, donde no hay lugar más que para uno: “o yo o el otro”. La dialéctica dual es, como tal, sin salida, salvo por la vía de lo simbólico.

El modelo óptico del Seminario I, es un apólogo de las relaciones recíprocas de lo imaginario, lo simbólico y lo real. Propone dos esquemas: El del ramillete invertido, y el del florero invertido o esquema de los dos espejos. Este último sitúa la realidad constituida por la proyección de la forma corporal de cada especie, y muestra que en el “narcisismo humano”, la relación siempre fallida del sujeto con su propia imagen, está intermediada por la función del Otro.

En el esquema, el jarrón que abraza las flores paradas sobre la caja representa el cuerpo con sus agujeros, zonas erógenas, que contiene las flores, objetos parciales pulsionales. El jarrón, dentro de la caja, representa el cuerpo, como organismo biológico, perdido para el sujeto.

En el origen estarían todos los ellos, objetos, instintos, deseos, tendencias. Es la realidad pura y simple, sin delimitar, ni buena ni mala, caótica y absolutamente originaria.

La imagen del cuerpo ofrece al sujeto la primera forma que permite ubicar lo que es y lo que no es del yo. La imagen del cuerpo es como el florero imaginario que contiene el ramillete de flores real.

Para que la ilusión se produzca, un mundo donde lo imaginario pueda incluir lo real y a la vez formularlo es necesaria una condición: que el ojo esté en el interior del cono. El ojo es el símbolo del sujeto, sujeto caracterizado por su lugar en el mundo simbólico, en el mundo de la palabra.

Para el ser humano la imagen narcisística sólo es accesible a través de la mediación del Otro, representado por el espejo plano. La imagen real ; i (a), es ilusoria, engañadora, pero pasa a ser una imagen virtual: i'(a), no engañadora, por ser aparente y no real.

A esta altura de la obra de Lacan el orden simbólico opera bajo la forma del Ideal del yo, el otro en tanto hablante, en tanto tiene con el sujeto una relación simbólica. Solo desde una posición simbólica, el Ideal del Yo, puede verse la imagen real reflejada como virtual. El Ideal tiene una función idealizante, la de dar la ilusión de identidad al sujeto.

En las acciones de autoescoriación, no sólo hay destitución subjetiva, sino caída del I (A), imposibilidad de sostener algo que permita al sujeto identificarse.

Del Seminario I al X hay un salto teórico. Aquí va a plantear que es necesario que el objeto a sea extraído del campo de la realidad para que él la enmarque. La condición para que el fantasma se constituya es que el objeto a sea extraído.

Lacan nos dice que el sujeto se constituye en el lugar del Otro . En el E. del Espejo en el momento en que el niño viene a captarse como totalidad, en su imagen especular, se vuelve hacia el Otro para que ratifique el valor de la imagen unificada (“ese soy yo”).

La imagen es investida libidinalmente (dialéctica narcisista), pero no todo el investimento libidinal pasa por la imagen especular. Hay un resto. En la medida en que se realiza la imagen real *i* (*a*) del cuerpo funcionando como unidad imaginaria, libidinizada, el falo aparece en menos, como falta: - (-fi). El falo no solo no está representado imaginariamente sino que se halla delimitado y cortado de la imagen especular. De allí la utilización de la figura topológica del cross-cap, donde un corte puede instituir dos pedazos, dos piezas diferentes, una especularizable y otra no especularizable.

Si el deseo existe y sostiene al hombre en su existencia de hombre, es en función del fantasma. El objeto *a*, soporte del deseo en el fantasma, no es visible en lo que para el hombre constituye la imagen de su deseo.

Las autoescoriaciones y tricofilomanías supondrían una forma de producir una falta en lo real, una delimitación brutal de los bordes del cuerpo, constituyendo una imagen agujereada.

Para Lacan - (-fi) está en relación a una reserva libidinal, algo que no se proyecta, que no invierte a nivel de la imagen especular porque permanece profundamente investido, irreductible en el nivel del cuerpo propio, en el nivel del autoerotismo, en el nivel de un goce autista, por fuera del partenaire sexual.

En este sentido, las patologías que nos ocupan podrían considerarse autoeróticas, a expensas de un goce no regulado, que excluye al otro.

En el contexto de una época que renegando del malestar, fabrica imágenes en serie y soluciones uniformes para todo malestar, el psicoanálisis sigue sosteniendo la apuesta a la subjetividad.

Viviana Vassallo

Agosto 2008

Vivass54@hotmail.com

BIBLIOGRAFÍA

Lacan, J.: Seminario X, en Ediciones Paidós, 1º edición, Bs.As., 2006

Lacan, J. : Seminario I, en Ediciones Paidós, 8º edición, Bs.As., 1992

Lacan, J.: “El Estadio del Espejo como formador de la función del yo (*je*) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en Escritos I, Siglo veintiuno editores S.A., 13º edición, Bs. As., 1985

Eidelsztein, A.: “Modelos, esquemas y grafos en la enseñanza de Lacan”, en Ediciones Manantial S.R.L., 1º edición, Bs.As., 1992-

Laurent, Eric: “¿Qué es un órgano del cuerpo?” el cuerpo en el Psicoanálisis y las neurociencias, conferencia dictada en Bs. As., el 30-11.2006

-Fleischer, D. “Abordajes del suicidio en Psicoanálisis”, Y Yurevich, Rosa: “Cuerpo y pasaje al acto” en Revista Lacaniana de Psicoanálisis: “La disciplina psicoanalítica” año 4. nro. 4- 2006 – Grama ediciones.